



Año XII

Ponce, Puerto Rico, Enero 25, 1924

Núm. 14

### UNA RESOLUCIÓN

Para los trescientos sesenticinco días del año.

Trataré de vivir en este día una vida sencilla, sincera y tranquila; repeliendo prontamente todo pensamiento de ansiedad, descontento, impureza, desaliento y egoísmo; cultivando el buen humor, magnanimidad, caridad y el hábito del silencio santo; ejercitando la economía en el gasto, el cuidado en la conversación, la diligencia en el trabajo definido, la fidelidad en lo que me ha sido confiado y una fe de niño en Dios.

Obispo John H. Vincent.

# Hogar y Escuela

Dirigido por Abelardo M. Díaz Morales

## EL HOGAR.

### Capítulo I.

#### IMPORTANCIA Y ORIGENES HISTORICOS DEL HOGAR.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

“La condición moral de un pueblo depende principalmente de la educación de la familia.”—S. Smiles.

No encuentro un tema más profundamente humano ni más esencialmente religioso que éste.

Su importancia es incalculable, pues bien sabido es que el hogar es la fuerza constante y predominante que forma el carácter del hombre, conduciéndole, unas veces, a gozar de la luz que dora las altas cumbres y otras, a sumergirse en las tinieblas que reinan en los profundos abismos del alma humana. Un hogar bueno es al mundo moral lo que la palanca de Arquímedes al mundo físico. Decía este sabio de la antigüedad: “Dadme una palanca y un punto de apoyo, y levantaré al mundo.” Parodiándole digo solemne y sinceramente: Dadme hogares apoyados en una conciencia ilustrada y recta, y yo os elevaré la sociedad entera.

Un hogar santo santifica al ser más perverso, y un hogar perverso pervierte al ser más santo.

Es inmensamente triste que nuestro país desconozca la trascendencia del hogar. Por esto, pierde miserablemente el tiempo buscando su dicha, o la realización de su destino, en la solución de los tan debatidos problemas políticos y étnicos.

La salvación de nuestro país no vendrá como consecuencia de una alianza tradicional con España, ni tampoco de un decreto del Congreso de los Estados Unidos, otorgando la independencia o el estado; no, mil veces no, porque su salvación únicamente depende de la sabia formación de sus hogares con lo mejor del espíritu y de las costumbres de España y con lo mejor de las costumbres y del espíritu de los Estados Unidos. Tenemos que buscar nuestro porvenir, no en la bulliciosa y aristocrática Madrid, ni en la tranquila y democrática Wáshington, sino aquí en nuestra propia patria, en nuestra querida casa criolla. No es cuestión de españolización ni de americanización, sino de cristianización.

Debemos convencernos, de una vez para siempre, que el hogar es el ideal más alto que el hombre puede realizar en la tierra que Dios le da, ora se considere como la simiente de la sociedad, ora se conceptúe como el fruto de ésta. Reconciliando estas dos ideas, me parece que el hogar es el punto de partida y el punto de llegada del carro del progreso social, la base y el vértice de la gran pirámide humana, el alfa y la omega de la verdadera civilización. Por eso la Biblia señala su asiento en la cuna de la humanidad, mientras los sociólogos evolucionistas lo descubren en los siglos correspondientes a la gloriosa Era Cristiana.

El verdadero concepto del hogar se debe, en la antigüedad, al pueblo judaico, quien en su templo y en sus

sinagogas enseñó la religión del cielo y en sus hogares la religión de la tierra, el culto santo de la familia. El hogar romano se hizo notable por el lujo; el hogar griego, por el arte; y el hogar hebreo, por la pureza de las costumbres. Pasando el tiempo, predominó el concepto pagano de la familia, con grandísimo detrimento de la moral. Pero Dios educa la humanidad, no sólo por medio de hombres, sino también por medio de naciones. Así, pues, la misión de Roma es enseñar el derecho; la de Grecia, difundir la filosofía; la de Israel, inculcar el monoteísmo. El griego es el instrumento del pensamiento y del buen gusto; el romano, de la justicia; el judío, de la unidad de Dios. Mas ¿a qué pueblo ha correspondido en nuestra era la misión de proclamar la santidad y la grandeza del hogar? Sin duda, al pueblo sajón, a los descendientes de esa raza privilegiada que llevaba en su cabeza un sol, en sus ojos un cielo y en sus mejillas una rosa. De una gente tan bella salió naturalmente una institución bellísima: el hogar. Para el alemán, el inglés y el norteamericano, el reducido espacio en que se congregan con sus fieles esposas y obedientes hijos, leyendo la Biblia y narrando las hazañas de sus gloriosos antepasados, vale más que todos los dominios del antiguo Czar de las Rusias. El hogar, para el sajón, es su teatro, su ateneo, su imperio, su club favorito; en una palabra, su paraíso. Por él lucha y para él trabaja. Mejorarle de día en día es su aspiración constante. Hacerlo digno de Dios y de su amada familia es el sueño más dulce de corazón.

Hecha esta larga introducción, entraremos en materia.

## MI CREDO ACERCA DEL MAESTRO.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

(Afectuosamente dedicado al señor Francisco Rodríguez López, Inspector General de Agricultura.)

Creo en el maestro que ama a Dios sobre todas las cosas y su discípulo como a sí mismo.

Creo en el maestro que nace para instruir y educar, dentro de la escuela y fuera de la misma, con la naturalidad y constancia con que el pez nada y el pájaro vuela.

Creo en el maestro que ama tanto a su trabajo, que se olvida del reloj que tiene delante.

Creo en el maestro que lee, con atención y provecho, el instructivo libro que sale de las manos del hombre, pero especialmente lee y relee, con interés profundo y amor creciente, el libro misterioso y trascendental que sale de las manos de Dios, y que llamamos niño.

Creo en el maestro que posee suficiente entereza de carácter para no doblegarse jamás ante los halagos encantadores o las amenazas furiosas de los hombres y de las colectividades, pero que al mismo tiempo es tan humilde, que confiesa sus errores y pide perdón a sus discípulos por las faltas que él ha cometido.

Creo en el maestro que es un artista original, y no un mero artesano rutinario.

Creo en el maestro que es un apóstol de la educación y no un simple ganacheques.

Creo en el maestro que inculca la moral más por lo que es que por lo que dice, teniendo presente las palabras áureas del más grande de los maestros portorriqueños que se llamó Eugenio María de Hostos: “Bien predica quien

bien vive. Mal predica quien mal vive, y mal vive quien mal piensa y quien mal dice.”

Creo en el maestro que, como el inmortal reformador Martín Lutero, afirma y siente: “Si queremos educar a los niños, tenemos que vivir con los niños.”

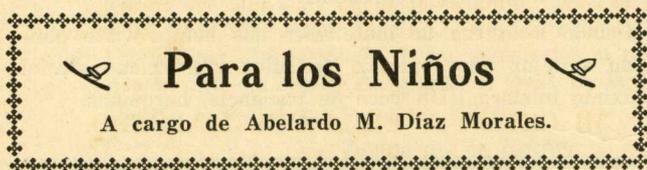
Creo en el maestro de cuya escuela pueda decirse lo mismo que un visitante sorprendido dijo de la de Pestalozzi: “Pero esto no es una escuela; lo que Ud. tiene aquí es una familia.”

Creo en el maestro que, sin romper con los nexos naturales y dulces que le unen a su patria y a sus contemporáneos, se convierte en un ciudadano de todas las patrias y vive en fraternal comunión con los hombres de todas las épocas.

Creo en el maestro que transforma la escuela en un jardín espiritual, donde cultiva siempre y con especial esmero las preciosísimas flores de la alegría, de la esperanza, de la perseverancia, de la fraternidad, de la responsabilidad social, de la libertad, del perfeccionamiento individual y colectivo; en una palabra, del amor al trabajo, al arte, a la ciencia, a la naturaleza y a Dios.

Creo en el maestro que se inspira en las sublimes enseñanzas y en la vida inmaculada del Maestro de los Maestros: Jesucristo.

Creo en el maestro que hace suyo y encarna en su vida el sugestivo lema de ciertas escuelas argentinas: “Todo por Dios, por mi patria y mi deber.”



**EL GRANO DE MOSTAZA.**

Cuento.

Jacinto salió del cuarto después de decir unos cuantos chistes vacíos y de hacer toda la ostentación por llamar la atención de Muley y la mía sobre la elegancia de su traje.

Había interrumpido una conversación, para nosotros interesantísima, y para él totalmente desprovista de interés. Hablábamos Muley y yo de la parábola nazarena del grano de mostaza.

—Qué lástima—exclamé pensando en alta voz. Si la atención de ese joven se hubiera dirigido hacia algo más elevado, más sano, qué fuerza hubiera podido desarrollarse con esa vida, para algo noble y bueno. El impulso dado al pensamiento en una dirección es el grano de mostaza. Porque donde se pone el pensamiento allí va la vida toda. Con el pensamiento llegamos a lo más alto y a lo más bajo. Y al pensamiento sigue la voluntad, y a la voluntad la acción.

—Si, dijo Muley, repitiendo como un eco mi pensamiento, revestido con su frase simbólico y pintoresca. Hay que tener cuidado donde se ponen los ojos, porque a la vista sigue la voz, a la voz las manos, y a las manos los pies.

Y después de una pausa añadió:

—Felizmente para el daño que puede hacer una cabeza desocupada, hay que contar conque Alá dispuso las cosas de modo que la vista llegara mucho más allá que la voz, la voz que las manos, y las manos que los pies.

Federico Degetau.

Creía en el bien. En la espiritualidad de su pueblo. Era un cristiano amantísimo de los niños, siendo el Evangelio su ideal de educación.

**PENSAMIENTOS DE DEGETAU.**

Amor es la unión de dos almas para cada una de las cuales la otra despierta y constituye una revelación del Bien Supremo. Por el sentimiento que rompiendo la atmósfera del yo abre las intimidades del alma una **continuidad con lo infinito**; a través de cosas sensibles es como podemos hacer de nuestros deseos plegarias, de nuestras acciones el culto de lo bueno.

Por eso es absurdo amor sin respeto; amor sin seriedad. Cuando se llega a amar de veras se pierden todos los motivos pasionales que a veces despiertan el amor, pero que **no son el amor**. Con el amor la vida tiene encantos que hacen de ella una bendición y una plegaria.

Amar a una criatura es amar a Dios en su obra.

Amar la patria es sentir la inmensidad del bien llamándonos a ejercerlo en ella para todas las patrias.

No ama, a su patria, quien odia la del vecino. Eso no es amor, es una **pasión**, a veces desordenada y peligrosa.

El recuerdo de los que hemos amado mucho en la vida, es como el sol, que cuando más alejado parece, más nos conforta y acompaña.

¿Qué es vivir?

—Vivir es amar lo bello, pensar lo justo, y hacer lo bueno.

—Tomado del librito titulado “FE.”

**JESSE W. BONNER.**

Con la velocidad del rayo se difundió por la ciudad de San Juan, el sábado por la mañana, día 12 del corriente, la infausta noticia de “ha muerto repentinamente el Juez Bonner, tesorero de Puerto Rico.” Momentos después toda la ciudad estaba conmovida por la muerte tan inesperada de tan ilustre como probó funcionario público. Murió cumpliendo con su deber, con la pluma en la mano. Murió sin dejar bienes de fortuna, pero dejando tras sí la estela luminosa de su hombría de bien.

Mucho se ha dicho del juez Bonner como ciudadano que supo cumplir con su deber en todo momento, en todos aquellos cargos que le fueron confiados, y que prestó con sus ejecutorias. Mucho más podría decirse del ciudadano intachable, para ejemplo de aquellos que como él desempeñan cargos públicos, pues él fué un dechado de honradez y laboriosidad. Pero hay algo más: el Juez Bonner fué un cristiano convencido y consecuente. Domingo tras domingo, podía vérselo en su iglesia, ocupando su puesto en uno de los escaños, consagrando su vida toda al servicio del Maestro—por eso el influjo de su vida cristiana se dejó sentir donde quiera que su influencia pudo ser ejercida.

La “Union Church,” de la cual era miembro, celebró en honor a su memoria un servicio funeral que fué un exponente de profundo afecto y de verdadera admiración hacia el fenecido, que entra por la puerta de la gloria a la mansión de los justos.

Y la ciudad toda de San Juan en una imponente manifestación de duelo, en la cual estuvieron representadas